



«Emigrante», 2008

ILUSTRANDO EN GALICIA **JAVI MONTES** [POR DAVID PINTOR]

«La ilustración está en todas partes»

1 ¿Quién o qué fue la causa de que te hicieras ilustrador?

Mi hermano ganó un concurso de dibujo con 3 años y a mí, que tenía 4 y medio, me pudo la envidia. Lo demás es bola de nieve.

2 ¿Un recuerdo de tu niñez?

Dibujaba en la calle con un tizón y un cartón (restos de un San Juan), y un señor me lanzó una moneda.

3 ¿Cual es tu ilustrador favorito de la historia?

¿Uno sólo? Ahora mismo estoy pensando en J.C. Leyendecker. Pregúntame mañana.

4 ¿Un ilustrador emergente al que seguirle la pista?

Xulia Vicente.

5 ¿Una canción que te inspire?

Cheek to cheek, en la versión de Ella Fitzgerald y Louis Armstrong.

6 ¿Si no fueras ilustrador, qué te gustaría ser?

Cantante de duodú.

7 ¿Una escena de una película?

Gene Kelly cantando y bailando bajo la lluvia.

8 ¿Crees que es importante la enseñanza del dibujo en la escuela?

Es importante que gente formada enseñe las posibilidades del dibujo, incluso como herramienta para uso común, igual que lo es la escritura.

9 ¿Qué te inspira?

La obra de otra gente.

10 ¿Qué es lo que más te gusta de ser ilustrador?

Aprender cosas nuevas y conocer a gente talentosa.

11 ¿Y lo que menos?

La declaración trimestral.

AUTORRETRATO



JAVI MONTES

• A Coruña. 1975

• 1º premio en el Certamen de Cómico de Arteixo en 1999

• Web: www.jmontes.com

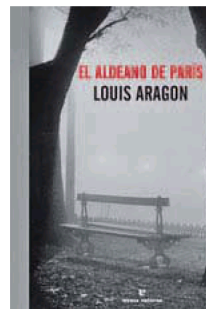
EL RINCÓN DEL SIBARITA

Louis Aragon en el pasaje de la Ópera

LUÍS POUSA | El *flâneur* es ese turista de su propia ciudad que vaga sin rumbo, sin destino ni objetivo concretos, por las calles. Todo empezó en París, donde Baudelaire descubrió esta nueva vocación urbana de callejear por el puro placer de mirar detenidamente la gran capital. Walter Benjamin elevó luego este ejercicio a género literario y Robert Walser escribió su obra cumbre: *El paseo*. Pero la literatura *flâneur* es inagotable —como la misma ciudad— y después de Walser hay otras cimas, como *El aldeano de París*, de Louis Aragon, libro que el poeta dadaísta (y luego surrealista) publicó originalmente por entregas en *La Revue Européenne* y que ahora rescata Errata Naturae.

Aragon vuelve al epicentro del *flâneur*, París, donde explora cada palmo del pasaje de la Ópera (antes de que el bulevar Haussmann y las Galerías Lafayette acabasen con su encanto de pasadizos y tugurios) y del parque Buttes-Chaumont, que el escritor redescubre durante sus paseos con André Breton.

En su safari sentimental por el pasaje de la Ópera, Aragon se anticipa varias décadas a la *Tentativa de agotar un lugar parisino*, de Perec, al aplicar su microscopio a cada rincón de estas galerías plagadas de escondrijos de dudosa reputación. Acompañamos al poeta en su viaje por los cafés Petit Grillon y Certâ, las casas de citas, las tiendas, los hotelitos, los teatrillos y pensiones que forman un ecosistema nocturno donde los poetas y las prostitutas cohabitan con «funcionarios jubilados, estafadores, bolsistas, corredores y viajeros de comercio, cantantes, bailarines, dementes preoces, perseguidos, nunca sacerdotes, pero dotados de corazones elegíacos, quincalleros millonarios, conspiradores, políticos corrompidos por los consejos de administración, policías de paisano, camareros en su día libre, periodistas y protestantes, extranjeros, asesinos, empleados del Ministerio de las Colonias, chulos, corredores de apuestas y fantasmas». La vida tal cual, que reúne puerta con puerta al proveedor de champán de su altura real el duque de Orleans con una ortopedia que exhibe sus prótesis de manos en la vitrina o un segundo piso que lanza un lacónico reclamo: «masaje».



EN EL COCHE DE SAN FERNANDO

A Saínza, junto al carballo más alto de Europa

JUAN CARLOS MARTÍNEZ | A Saínza, en Rairiz de Veiga, se llenó de gente a finales de septiembre para participar en la batalla de moros y cristianos que se desata todos los años, coincidiendo con la romería de la Mercé. Ahora la aldea está tranquila, comenzando la cosecha de la patata, que viene tardía. Si les faltan patatas en casa, cojan el coche y acérquense a por un saco: lo que se pierde en gasolina se gana en

aire puro y en regalos para la vista.

Por ejemplo, dándose un corto paseo desde la ermita de la Mercé hasta los campos donde se alza la carballa da Rocha. La carretera recta y la arquitectura limpia del pueblo no permiten adivinar que allí, junto a las casas, se encuentre este monumento natural, un desarrollo extraordinario de la vieja costumbre de marcar los bordes de los prados y de las tierras de labor

con sebes arboladas. La carballa —en femenino, como se hace muchas veces en gallego para distinguir las cosas grandes— preside un pequeño bosque de robles que se extiende en anfiteatro junto a un prado verde, hoy propiedad pública. El árbol sube treinta metros con un fuste recto adornado cada poco por un anillo de vegetación. Es, dicen, el roble más alto de Europa. Junto a él parece que se nos cargan las

pilas. Algo queda de cuando los clásicos otorgaron a Zeus la propiedad de esta especie, como también los viejos germanos la relacionaron con Odín.

Desde A Saínza, que quizá, como en portugués *chainça*, signifique *llanura*, se ven las tierras planas de A Limia. Aún no ha llovido, pero ya circulan los patos en formación, buscando charcas para pasar el invierno. Nosotros, de vuelo más bajo, vamos a por patatas.

press reader

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW